

á un viejo indefenso: los unos huyeron refugiándose, asustados, hacia las puertas, y otros se resistieron, arrojando piedras á los husares del real alemán: los guardias franceses se colocaron, entonces, baxo las banderas de sus conciudadanos, y dispersaron estos atrevidos extranjeros. Por todas partes se animaban á la resistencia, y se prometían ayuda, y asistencia mutua en el peligro.



§ V. Revolucion del 14 de julio.

Besenval<sup>1</sup> asustado del movimiento popular hizo retirar de Paris los regimientos que le inquietaban y los ciudadanos entónces se prepararon á sostener un sitio. Camilo Desmoullins, joven exáltado, famoso despues, por un fanatismo deplorable, y por una muerte noble y animosa, gritó á las armas el primero en el Palacio Real, enarbolando una cucarda verde en señal de reunion, y todos los Parisienses la adoptaron en el momento: los árboles fueron despojados de sus ramas, y los ciudadanos se adornaron con ellas, repitiendo, mil veces, *á las armas!*... Todos los instrumentos,

<sup>1</sup> Commandante segundo de Paris baxo las ordenes del principe de Broglie.



que podían servir al combate, fueron buscados, con actividad; tomaron las antiguas armas del guarda muebles de la corona, y el hierro en todas formas se mudó en picas matadoras, en las manos de los Parisienses: desempedrarón las calles, hicieron trincheras en muchas de ellas, y decretaron la formación de la guardia nacional de acuerdo comun.

La noche puso fin á esta escena de entusiasmo para preparar escenas de horror: bandidos desconocidos incendiaron las estacadas y saquearon á San Lazaro. La consternacion se extendió en la capital, cuando la aurora le anunció tan criminales maniobras, y apresuraron la formación de la guardia nacional: los electores apoderandose de la autoridad, en la anarquía presente, condugeron el movimiento popular, y recomendaron á

los ciudadanos la necesidad de inscribirse en sus secciones, sobre el registro de la nueva milicia: doscientos mil hombres se presentaron, prontos á defenderse, contra los bandidos y la corte; y recorrieron las calles, con numerosas patrullas; los guardias franceses, orgullosos de pertenecer á la nacion, quisieron formar el primer batallon de la milicia de Paris, y todos se sometieron, con la mayor actividad, á la benefica autoridad de los electores.

La asamblea nacional no estaba enterada de los detalles de este movimiento, y fué advertida de el, por los rumores públicos. Las comunicaciones entre Paris y Versálles, estaban casi interceptadas; pero algunos sugetos, que vencian los obstáculos, recibian noticias confusas, y alarmantes, acerca de las



causas, que habian dado motivo á las turbaciones: la asamblea enviaba diputacion, sobre diputacion, para obtener la separacion de las tropas, y las respuestas evasivas del monarca, no podian calmar la inquietud de los espíritus; por último se enviaron diputados de Paris, que hicieron conocer el estado de esta ciudad; la anarquía de que era presa; la toma general de armas, y el levantamiento en masa de los ciudadanos. Se dixo el día 14, que la Bastilla habia sido tomada y que el gobernador de Launay habia sido victima del furor popular; se dixo tambien, que la corte iba á egecutar el mismo dia sus siniestros proyectos; se supo igualmente, que, para el efecto, principes, princesas, cortesanos y favoritos habian pasado revista á las tropas acampadas, en el naranjal

de Versálles, y, que una parte de los diputados del pueblo, debia ser sorprendida en la misma noche....

Se declaró la asamblea en permanencia, y los diputados presididos, por Lafayette, en ausencia del arzobispo de Vienna, pasaron la noche sobre sus bancos, sin levantar la sesion: nombraron una diputacion, que calmase el furor del pueblo, y otra que obtuviese del rey la separacion de las tropas, y le manifestase las turbaciones de la capital. « Despedazais mi corazon, respondió Luis, no es posible creer, que las órdenes, que he dado sean la causa de estos desastres....; » pero nada prometió; la asamblea decretó, para el dia siguiente, otra nueva diputacion. Sin embargo, el 14 de julio fué brillante, para la Francia: Versálles temia, y la re-



volucion se habia consumado en Paris.

En la noche anterior á este memorable dia, estaban en la mayor inquietud los Parisienses y no cesaron de trabajar: numerosas patrullas recorrieron las calles iluminaron toda la ciudad, por evitar una sorpresa, y muchas veces, falsos temores hicieron, que se encendiera el ardor del nuevo egercito ciudadano: las campanas y la generala se oyeron, sin cesar, y, aunque se presentaron algunos soldados en el arrabal de San Antonio, y otros diferentes puntos, fuese porque sus oficiales no estuviesen seguros de sus tropas, ó por el miedo que les inspiraba la energia del pueblo, no tuvieron los Parisienses necesidad de combatir.

24 julio.

El pueblo, reunido la mañana siguiente en sus sesiones, pidió, á grandes

gritos, armas, y los electores no pudieron satisfacer su celo, por haberse agotado todos los recursos, aunque eran pocos los brazos que estaban armados. Un barco cargado de polvora, que se tomó en el puerto de San Nicolas, fué repartido entre los ciudadanos, que el animoso abate Fauchet<sup>1</sup>, distribuyó á las guardias nacionales en un baxo salon del ayuntamiento, exponiendose á ser victima de su celo en medio de la confusion general, y los fuegos, que llegaban cerca á cada instante: nada bastaba al ardor nacional, en que se abrasaban las almas. En fin se dirijieron hácia la Bastilla, cuyo bloqueo se habia ya pedido por algunos, y el ayuntamiento habia enviado comisionados que reclamasen á este gobernador armas, y la rendicion

<sup>1</sup> Despues victima del 31 de mayo.



de la ciudadela; pero se negó, prometiendo que no haría uso de dichas armas contra Paris. En este tiempo corrieron de tropel á los Invalidos, cuyas puertas fueron abiertas al pueblo, por viejos soldados, que estaban animados del mismo entusiasmo, y, apesar de la oposicion del governador, se llevaron, en triunfo los Parisienses treinta mil fusiles, y dos cañones que fueron su primer trofeo.

Con este motivo se hizo general el deseo de sitiar la Bastilla, y se anunció por mil gritos; adornados, por la primera vez, con la escarapela de tres colores, que debia estremecer á toda Europa, los Parisienses se abrazaban, en el deseo, de batirse, y los electores, para impedir la efusion de sangre, repitieron, muchas veces, sus instancias al governador de la Bastilla, quien no quiso

recibir los diputados: el pueblo enfurecido rodeó la fortaleza, y demolió, ó incendió las primeras obras, para asentar sus cañones á un frente cerca de la plaza: se principió un vivo y constante fuego, é intrepidos ciudadanos desprendieron las cadenas del primer puente levadizo, exponiendose al fuego de los sitiados<sup>1</sup>: se precipitaron en las obras interiores de la plaza, y pusieron cañones al frente del puente levadizo: llegaron, inmediatamente, algunos guardias franceses conducidos, por los suboficiales Elie y Hullin, y el sitio se puso mas en regla: se redobló el fuego, y el valor de los sitiadores, mientras que el

<sup>1</sup> Se halló en la primera fila de estos generosos ciudadanos, Thuriot, miembro de la convencion, despues de esta accion.



de los sitiados pareció abatirse, sin embargo Delaunay, turbado y fuera de sí, parecia haber perdido la facultad de pensar, y obrar: cesaba de dar ordenes, por un momento, y las daba en seguida, para hacer saltar la Bastilla, y sepultarse en sus ruinas, con los Parisienses: mandó tirar algunos cañonazos; pero no hubo plan alguno continuado de defensa, y abandonados de su gefe los sitiados propusieron una capitulacion; mas esta circunstancia no paró el fuego de los sitiadores, y algunos soldados de la guarnicion movidos, por la desesperacion, hicieron pasar en la punta de sus bayonetas, por las almenas, un papel, en el que anunciaban la resolucion de perecer, entre los escombros de la Bastilla, sino se les concedía lo que pedian. Los ciudadanos se apoderaron de este papel, con peligro de su vida,

y Elie y Hullin juraron no hacer daño á los vencidos. Se baxó el puente levadizo por donde entraron los vencedores, inmediatamente; y los Suizos, é invalidados, que formaban la guarnicion, los recibieron, con muy distinguidos aplausos; pero el puente no se cerró, y tras los combatientes entraron los asesinos, cuyas escenas de horror y sangre debian asustar á Paris, dexando una mancha á la gloria de la revolucion.

Hemos presentado el pueblo en su heroismo, venciendo las dificultades, que se oponian á su libertad, y es de nuestro deber, ahora, pintar un populacho irritado, y libre del freno, que un gobierno regular le imponia, entregarse á todos los excesos del pillage, y la ferocidad.

Es preciso confesar, no eran los Pari-



sienses ni los amigos de la libertad, los que se mancharon con crímenes que, con tanto énfasis, cuentan algunos difamadores celosos de la revolución francesa: mil síntomas habian, en general, hecho presentir una grande conmoción política; todos hablaban de ella, por orgullo ó por miedo, y si las almas inflamadas, por el amor á la libertad, supiesen preveer el instante, en que se puede combatir por ella, los escritores miserables, los disipados perdidos, por dendas, los ambiciosos oscuros, y sin talentos debieron desear una época de turbación, que les procurase medios de satisfacer las pasiones que, hasta entonces, no habian aun saciado.

Todas estas razas detestables llegaron á Paris llamadas, por el instinto de los cuervos, al rededor del campo de ba-

talla, para recoger en el los despojos del horror; se dice, que estaban pagados, y en efecto, es posible, que algunos ambiciosos de otro orden, hayan asalariado estos asesinos subalternos; pero este genero de intrigas no pudo mover los resortes gigantescos, de que se componia nuestra revolución. El duque de Orléans pudo haber ganado algunas guardias francesas, y apresurar algunos dias la explosión de la mina revolucionaria; pero ni este ni sus agentes tenian el poder necesario, para poner á todo Paris sobre las armas: ni tampoco tenian grande influencia, sobre este gran cuerpo, cuyas elecciones primeras á los cargos, que decretó, recayeron en los enemigos de aquel personage. ¡Ah! no puede concebirse la ostinación, con que se atribuye á hombres una suerte de